larga carta, que terminaba con estas palabras:

«...Cuando me ven con los ojos humedecidos, me »dicen: «No llores; eso no es nada.» Cuando oigo »decir que eso no es nada, lloro todavía más.»

XIII.

El tiempo pasaba; Pascoul tenía el estómago echado á perder. En su débil cuerpo los órganos digestivos ya no funcionaban. Sus ojos habian perdido de nuevo su claro brillo, sus mejillas sus colores, y los médicos buscaban en vano un nombre á la misteriosa enfermedad que le consumia sordamente.

De todos los testigos de aquel sombrío drama, ninguno sospechaba la verdad. Más interesado que los demas en la muerte de Pascoul, cuya fortuna codiciaba, Federico Borel iba á la sazon á la Bastida-Nueva varias veces por semana. En apariencia, era para tener noticias de su primo, pero en realidad esperaba apoderarse de una prueba de la relacion adúltera de Margarita y Furbicio, que él habia sido el primero en conocer y dar á conocer en el país. A pesar de sus frecuentes visitas, no descubrió nada. Furbicio se presentaba en la granja raras veces. Margarita demostraba á su marido un afecto tanto mejor fingido, cuanto que á fin de hacerle tomar el veneno necesitaba no alterar su confianza. En cuanto á Moulinet, en vano Federico trató de hacerle hablar. No se dejaba arrancar ninguna confidencia.

De este modo, el crímen obraba lenta, pero seguramente; y cuando Margarita, ya en sus cartas, ya en las raras entrevistas que tenía con su amante, le reconvenia porque no la ayudaba:

—¿De qué te quejas?— la contestaba;—si no muere de prisa, tanto mejor para nosotros. Creerán que ha muerto de muerte natural.

Sin embargo, ella hizo todo lo posible por decidir á Furbicio á matar á Pascoul, ya ahogándole, ya aplastándole.

—Es inútil,—decia él.—Nos expondríamos á ser descubiertos. Yo me he encargado de mi mujer; encárgate tú de tu marido. Te he proporcionado el veneno; he hecho bastante por mi parte.

—Es que ya no podemos vivir así,—murmuró ella.—Perderemos la honra, y la honra es una gran cosa.

A pesar de su aparente calma, que tenía por objeto evitarle una participacion más directa en la muerte de Pascoul, Furbicio no estaba ménos intranquilo que su cómplice. Su intranquilidad obedecia á dos móviles: primero, su amor; despues, la necesidad de dinero. Entónces, para entretener la impaciencia que le devoraba, trató de envenenar á Brígida.

Un dia que comian juntos, ella se levantó un momento de la mesa. En el mismo instante vertió él en el vaso en que ella acababa de echar vino algunas gotas del agua fosfórea que habia dado ya á Pascoul. Brígida volvió á ocupar su sitio, teniendo en los brazos al mayor de sus dos hijos.

—Beber,—dijo el pobre pequeñuelo.

Ella le presentó su vaso.

El niño iba á mojar en él sus labios, pero Furbicio habia seguido todos los movimientos de su mujer.

—No bebas, nene,—exclamó él con viveza.

Y como Brígida le mirara sorprendida, añadió:

—Hay demasiado vino para él.

Al mismo tiempo echó agua en su vaso y se la ofreció á su hijo. Brígida bebió en el suyo. Apénas lo probó, cuando lo separó de sus labios.

—¡Ah!—dijo.—¡Qué mal sabe esto!

Furbicio palideció de pronto, balbuceó algunas palabras, se inmutó, y Brígida exclamó:

—¡Miserable, es veneno!

Y, en un movimiento de horror, rompió el vaso y huyó, lanzando terribles gritos.

El corrió tras ella y la hizo volver á la fuerza.

—Eres loca,—dijo,—loca de atar. ¿En dónde has visto el veneno?

—Allí, allí,—contestó señalando el vaso roto.

—¡Te callarás, bribona!—replicó él;—si alguien te oyera, pondria á los gendarmes en mi persecucion. No hay más veneno que en tu mano. Pierdes la cabeza.

Ella no se atrevió á insistir, pero su conviccion estaba formada. Fué á encerrarse en su cuarto, y, dejando caer la cabeza en la cuna de sus hijos, lloró largo tiempo. Solo, en la sala del piso bajo, Furbicio se preguntaba cómo haria desaparecer las sospechas concebidas por Brígida. Luégo fué á buscarla, y la dijo con voz amenazadora:

—¡Desgraciada de tí si dices una palabra de lo que acaba de pasar!

Brígida no contestó. Pero desde aquel dia no pudo comer ni beber más que con una instintiva repugnancia. Veia el veneno en todas partes, y temblaba más aún por sus hijos que por sí misma.

En cuanto á él, renunció provisionalmente á proseguir sus tentativas por aquella parte. La escena que acababa de pasar le sugirió graves reflexiones. Si su mujer habia por instinto adivinado la presencia del fósforo en su vaso, ¿no podria Pascoul, á la larga, advertirlo de la misma manera? Todo era de temer de una imprudencia: bastaba que Margarita se turbara en presencia de su marido, como él acababa de turbarse delante de su mujer.

La misma noche fué á la Bastida-Nueva. Margarita, avisada, le esperaba en su cuarto. La contó lo que habia pasado aquel dia y la comunicó sus temores.

—¿No te lo habia dicho?—exclamó Margarita.—¿No era más prudente acabar de un solo golpe? A falta de un veneno activo que no podemos proporcionarnos, es preciso que te decidas á obrar tú mismo. Tú eres fuerte, y el doble pensamiento de mi amor y del hijo que es su fruto, debe aumentar tus fuerzas. Pascoul está tan débil que podrás matarle sin trabajo; el mal estado de su salud explicará suficientemente su muerte.

Y entónces, ella le dictó un nuevo plan que, desde el dia siguiente, él trató de poner en práctica.

Era á principios de Diciembre; el sol apareció radiante en un cielo sin nubes, inundando con sus rayos la naturaleza tranquila y comunicándola un aspecto alegre, á pesar de la intensidad del frio. Muy temprano, Furbicio se presentó en la Bastida-Nueva. Hacía mucho tiempo que no habia ido allá, y Pascoul, al verle, se puso muy contento.

—Me teneis olvidado, Furbicio,—le dijo al chalan.—¿Es porque estoy enfermo?

—No os olvido,—contestó este último,—y mi presencia aquí es la prueba de ello. Voy á Cavaillon en mi carruaje. El tiempo está hermoso como en la primavera. Acompañadme. Almorzaremos en el camino.

Esta proposicion agradó al arrendador. Hacía algunas semanas que sus paseos eran raros y cortos. No tenía otra distraccion que la lectura, y tampoco podia dedicarse á ella mucho tiempo, porque sus ojos no podian soportar una larga fatiga. Interrogó á su mujer con la mirada.

—Estás muy débil, amigo mio,—le dijo ella.

—El viaje le dará fuerzas,—exclamó Furbicio.—Lo que le debilita es vivir encerrado. Necesita aire; confiádmele. Yo os le devolveré en mejor estado.

—Tiene razon,—dijo el arrendador, que se levantó muy alegre.

Margarita no se resistió. Le ayudó á vestirse, le echó encima una gran capa, y el pobre hombre,

apoyado en el brazo del chalan, bajó lentamente la escalera de la granja para subir al carruaje. Abrazó á Margarita, que le prodigaba los mayores cuidados, y poco despues estaba con Furbicio en el camino de Cavaillon. Este último no se habia equivocado. El aire puro produjo en Pascoul una reaccion saludable, y cuando estuvo cerca de Cavaillon, declaró que tenía ganas de almorzar.

—Entónces, detengámonos aquí,—dijo el chalan.

Habia á las puertas de la poblacion una posada, reputada en el país por los talentos culinarios del dueño del establecimiento. Furbicio la frecuentaba los dias de mercado, y de intento habia conducido allí á su víctima. Se instalaron en un cuarto, echaron bastante leña á la chimenea, y poco despues se sentaron á la mesa, delante de un suculento almuerzo, compuesto de caza y de salsas con muchas especias, acompañado todo de varias botellas de vino de Château-neuf-du-Pape, uno de los más fuertes del Mediodia. Pascoul, que por naturaleza era sóbrio, habia además perdido la costumbre de las comidas sustanciosas. Así es que, despues del almuerzo, que no duró ménos de tres horas, habia perdido completamente la razon.

—Ya no sabe lo que se dice,—pensó Furbicio al oir al arrendador balbucear palabras sin conexion y sin sentido.

El posadero, llamado para dar la cuenta, manifestó alguna inquietud al ver á Pascoul en aquel estado.

—¡Bah!—contestó Furbicio,—ántes que hayamos llegado á su casa, ya se le habrá pasado. Vamos á volver á la Bastida-Nueva; otro dia iré á Cavaillon. Ayudadme á colocarle en el carruaje.

Apénas instalado sobre los almohadones, Pascoul se durmió.

—Ahora se trata de empujarle de modo que caiga bajo las ruedas,—se dijo Furbicio despues de ponerse en camino.

Y cogiendo las riendas con una sola mano, con la otra sacudió con violencia á Pascoul, á fin de arrojarle del carruaje con la cabeza hácia adelante; pero en aquel sueño, producido por la embriaguez, el arrendador se habia agarrado con fuerza á los almohadones del coche. Esto fué lo que le salvó. Tres tentativas no pudieron vencer su resistencia inconsciente.

Exasperado, Furbicio detuvo de pronto su caballo y saltó al camino, á fin de arrojar en él con más comodidad á su compañero y aplastarle en seguida volviendo atras. En el momento en que iba á empezar esta maniobra, el caballo, no sintiéndose ya contenido, partió tan precipitadamente, que el chalan permaneció algunos segundos estupefacto en el mismo sitio. Por fin echó á correr y consiguió detener al fugitivo. Pero esta vez estaba conmovido; el silencio de los campos le intimidaba; tuvo miedo de nuevo, como cuando se habia encontrado ante el lecho de Pascoul.

—No puedo,—repitió, como lo habia hecho entónces.

Volvió á colocarse al lado de Pascoul, que seguia durmiendo, y se dirigió hácia la granja maldiciendo su debilidad.

Durante este tiempo, Margarita, febril, atormentada, habia contado las horas una tras otra. A cada instante se asomaba á las ventanas, con la esperanza de ver llegar á Furbicio y de conocer un poco ántes el resultado del viaje.

De repente se oyó ruido de cascabeles y de ruedas. El carruaje entraba en el patio. Precipitarse á su encuentro, comprender de una mirada la posicion de Pascoul, reconocer que no estaba muerto, todo esto fué rápido como un relámpago. No abrió la boca, pero la mirada que dirigió á Furbicio estaba llena de amargas reconvenciones.

—Se ha emborrachado,—dijo de un modo lastimero el chalan.—Convendria acostarle.

Margarita llamó á Moulinet, y los dos hombres condujeron á Pascoul á su cama.

—Cuando un hombre está tan enfermo como él, es una imprudencia emborracharle,—hizo observar Moulinet.

—Todos mis esfuerzos para impedir que bebiera han sido inútiles,—contestó Furbicio.

—Es extraño,—replicó Moulinet.

Margarita estaba exasperada, y su exasperacion cayó sobre Moulinet, á quien mandó callar con malos modos. Pero éste continuó:

—Si he manifestado mi sorpresa, es porque en el estado en que se halla podria muy bien no volverse á despertar.

Estas palabras tuvieron el don de disipar la cólera de Margarita, que se acercó al lecho á fin de observar en el semblante de Pascoul los efectos de la embriaguez. Al cabo de una hora le vió despertarse, y sintió en el corazon una impresion dolorosa.

—¿Dónde estoy?—preguntó el arrendador.

—En vuestra casa, señor,—contestó Moulinet.—No hableis, os van á hacer té.

Al oir estas palabras, Margarita se precipitó fuera del cuarto, bajó rápidamente á la cocina, hizo hacer el té delante de ella y quiso llevársele ella misma á su marido. Bebió de él varias veces durante la noche, y se quejó del mal gusto de aquella bebida, que le produjo violentos vómitos. Pero esta vez tampoco murió.

En vista de tantas tentativas frustradas, instado por su querida y deseoso él mismo de acabar cuanto ántes, Furbicio tomó una resolucion irrevocable. Una noche fué á ver á Margarita y la dió parte de su proyecto.

—El veneno no ha producido efecto,—dijo;—tú no has sabido arrojar á Pascoul en el pozo; yo no he tenido valor para ahogarle ni para aplastarle. Pero yo sabré matarle de otro modo: una buena escopeta nos librará de él.

Al escuchar estas palabras Margarita, exclamó.

—¡Desgraciado! ¿qué estás diciendo? ¿Y el ruido, y la sangre? ¿Por qué no has querido ahogarle en Vaucluse?

—Porque cuantas veces he debido tocarle, he tenido miedo. Pero con una escopeta, es otra cosa. Estoy seguro de mí con un arma en la mano.

—Eso no; te lo suplico,—replicó Margarita.—Ese ruido producirá en mí una sensacion horrible. Piensa en nuestro querido hijo.

—Yo te avisaré ántes de disparar, y no sentirás ninguna emocion. Además,—añadió,—yo quiero que sea así.

Ahora hablaba como señor, y Margarita habia llegado á ser su esclava.

Ella no hizo resistencia.

—De aquí á ocho dias es Noche-buena. Yo vendré por la noche, y se hará.

—¿Tienes escopeta?—preguntó Margarita.

—Mañana, en Avignon, compraré una.

—Furbicio, ten prudencia, yo te lo suplico. Si te ven ese arma...

—No la verán.

—No compres ni pólvora ni balas: eso podria hacer que te descubrieran. Yo sé dónde mi marido tiene su pólvora, y te la daré.

—¿Y las balas?

—Hazlas con los cascabeles de tu caballo.

Estas fueron las últimas palabras de aquella conversacion. Se separaron para no volverse á ver hasta el dia en que todo quedaria consumado.

Durante la semana siguiente, Furbicio, arrastrado por la fiebre del crímen, fué á Avignon y allí compró una escopeta de caza. Margarita le envió pólvora por la Valbray, á quien el chalan tenía al corriente de estos diversos incidentes, y que intentó en vano hacerle abandonar el medio violento de que queria hacer uso.

—Estad tranquila, anciana; todo irá bien.

Pronunció estas palabras con una voz tan firme, parecia tener tanta confianza en sí mismo, que la Valbray se tranquilizó. Sabía que era hombre capaz de salir bien de todo.

La víspera de Navidad, por la mañana, Pascoul envió á Moulinet á Fontblanche, á convidar de su parte á Furbicio á la cena que, segun una costumbre descrita al principio de esta narracion, debia tener lugar por la noche en la granja. El chalan mandó dar un millon de gracias á Pascoul, pero no aceptó su invitacion, pretextando que ese dia, él tambien se debia á su familia. Cenó en su casa, y fué una cena bastante triste, porque quiso tener á su mesa á la Valbray, por más que sabía que la vieja pordiosera inspiraba á su mujer un horror profundo.

A las ocho, abandonaron los placeres de la comida, que habia sido acompañada de abundantes libaciones. La Valbray tuvo un gran pesar. Pero habia llegado el momento de cumplir la promesa hecha á Margarita, y Furbicio estaba decidido. Cuando estuvo de pié, dispuesto á partir, embozado en su capa, dijo á su mujer:

—Si alguno viene á preguntar por mí, le dirás que he ido á la taberna. Allí me encontrarán toda la noche.

Y volviéndose á la Valbray, añadió:

—En marcha, anciana.

Salieron. Pero él volvió á entrar por la cuadra, cogió su escopeta ya cargada y escondida entre la paja, la ocultó lo mejor que pudo bajo sus ropas, y, reuniéndose con la vieja, que le habia esperado, se encaminaron hácia la Bastida-Nueva.

Miéntras tanto, Brígida, que habia quedado sola, vertia amargas lágrimas pensando en su triste suerte. A aquella hora, todas las familias estaban reunidas; en todas las casas habia fiesta; el último de los criados se sentaba á la mesa del amo. A ella, abandonada para siempre, no encontrando todavía

un consuelo eficaz en sus tiernos hijos, no la quedaban en aquella noche solemne otros compañeros que los crueles pensamientos que iban á asaltarla y á mostrarla el porvenir bajo los colores más sombríos.

XIV.

Furbicio y la Valbray caminaban muy de prisa, y emplearon muy poco tiempo en recorrer la distancia que hay de Fontblanche á la Bastida-Nueva. Tomaron por los atajos á fin de no verse obligados á pasar por Gordes; de este modo no encontraron á nadie, y no cambiaron ni una palabra durante el trayecto.

Furbicio, absorto en los pensamientos que se agolpaban tumultuosamente en su imaginacion, se complacia en aquel silencio que le dejaba su libertad de espíritu. En cuanto á la Valbray, habiendo ahogado en el fondo de su vaso una gran parte de su razon, iba bastante ocupada en cuidarse de no tropezar contra las piedras del camino.

Cuando llegaron delante de la granja, Furbicio se detuvo. La Valbray hizo lo mismo. Entónces el chalan se acercó á ella, y mirándola fijamente, poniéndola una mano sobre el hombro, miéntras que con la otra sostenia su escopeta:

—Hablemos formalmente, si es posible,—dijo.—¿Estais completamente borracha, anciana?

—¡Borracha! ¡yo!—contestó ella plantándose con arrogancia.—¿De dónde sacas eso? Los ojos están un poco turbados, es posible; las piernas se niegan alguna vez á andar, pero la cabeza está despejada.

Estas palabras tranquilizaron á Furbicio.

—Entónces,—dijo,—vais á entrar en la granja. ¿Recordais bien lo que os he dicho?

—Lo recuerdo todo, absolutamente todo.

—Repetidlo.

—¡Aún desconfias! ¿Pues por quién tomas tú á la Valbray, bobalicon? Conozco el valor de las palabras y la importancia de las cosas. Un tiro de escopeta no se dispara todos los dias, y...

—¿Quieres callarte?—exclamó Furbicio tapándola la boca con la mano.

Y más bajo,—añadió:

—Si alguno estuviera en las ventanas, nos oiria. No pronuncies jamás esas palabras. Entra en la granja, dí á Margarita que espero sus instrucciones, y sobre todo, la lengua quieta; ¡anda!

La vieja, sin contestar nada, obedeció.

La puerta de la granja estaba entreabierta. La Valbray penetró en el patio, le atravesó en toda su extension, y, guiada por las luces que brillaban en las ventanas del piso bajo, entró en la casa.

Por la tercera vez, despues de la muerte de Rivarot, se celebraba la noche-buena en la Bastida-Nueva. Como en la noche cuyos acontecimientos hemos referido al principio de esta narraccion, todo el personal de la granja, amos y criados, estaba reunido en la gran sala, en torno de una mesa cubierta de manjares y de vinos. En el sitio ocupado en otro tiempo por Rivarot, Pascoul estaba sentado entre Margarita y Federico Borel. A pesar del deplorable estado de su salud, habia querido presentarse en medio de los suyos. Pero su presencia, en vez de ser un motivo de alegría para los convidados, los habia sumido en la tristeza.

En vano Federico Borel trataba de reanimar su alegría Ninguno secundaba sus esfuerzos; y si alguna vez una carcajada partia de la extremidad inferior de la mesa, en donde los pastorcillos se contaban historietas miéntras comian la torta de almendras, miradas severas lanzadas por Moulinet la contenian inmediatamente.

Margarita estaba triste, y Moulinet queria que se

respetara su tristeza, que, para todas aquellas gentes, se explicaba por el lastimoso espectáculo que ofrecia Pascoul, sentado en su sillon, con la cabeza apoyada sobre un almohadon. Aquel hombre jóven, luchando contra un mal desconocido, aquella palidez cadavérica, aquel aspecto de tísico, aquella prematura decrepitud, eran capaces de enfriar las mayores alegrías.

La cena iba á terminar, y, al ver la turbacion de los convidados, hubiérase dicho que deseaban llegara el momento de poder levantarse de la mesa. Margarita salia de vez en cuando de la meditacion en que se hallaba sumida; miraba á su marido con inquietud, despues á sus convidados, como si hubiera querido incitarles á beber, á gritar y á reir. Pero Moulinet parecia no comprender; y su semblante, melancólico y severo á la vez, inspiraba en torno suyo un terror contra el cual iban á estrellarse los esfuerzos de Margarita.

Por fin, ella pareció adivinar que la presencia de su marido era el orígen de aquella situacion molesta para todos. Se inclinó hácia Pascoul, y le preguntó si no queria subir á su cuarto.

—No,—contestó.—Estoy bien aquí; ¡hace tanto tiempo que no os habia visto á todos reunidos en mi mesa! Además, ántes de subir, iré á respirar el aire puro y frio de la noche. Eso me dispondrá al sueño y calmará tal vez el fuego que tengo siempre aquí.

Al decir estas palabras, señaló su frente.

—Si te quedas todavía con nosotros,—dijo entónces Margarita,—esfuérzate por aparecer alegre. Todo el mundo está triste, porque no te han visto sonreir, ni oido hablar.

Pascoul hizo con la cabeza un signo de asentimiento, y al punto, levantándose con el vaso en la mano, y dirigiéndose á los presentes:

—Amigos mios,—les dijo,—brindo por vuestra salud.

—Gracias, gracias, señor,— exclamaron veinte voces.

Moulinet añadió:

—Nosotros deseamos que os veais pronto completamente restablecido.

Este doble brindis produjo en la sala una verdadera explosion de gritos y de risas. El amo habia hablado; un súbito carmin habia teñido su semblante; en sus labios vagaba una sonrisa: no se necesitaba más para tranquilizar á todas aquellas buenas gentes y animarlas á divertirse. En aquel momento entró la Valbray. Se la hizo buena acogida. Todos los años, el mismo dia, á la misma hora, se presentaba en la granja. Iba allí á buscar la parte de los pobres, y en la Bastida-Nueva habia personas caritativas.

—Venid á sentaros aquí, la Valbray.

—¡No, aquí!

—¡Venid acá!

Y todos la hacian un sitio, casi disputándose el placer de servir á la pordiosera. Ella se dirigió lentamente hácia Margarita, que la habia llamado, arrimando su silla al sillon de Pascoul, y dijo:

—Este es mi sitio.

Al punto la sirvieron; pero no tenía ni sed ni hambre. El calor de la sala, el resplandor de las luces, el ruido de las voces, todo esto produjo en ella una sensacion tanto más fuerte, cuanto que acababa de abandonar la fria atmósfera de afuera. En su cabeza, ya un poco enardecida, se desarrolló por completo la embriaguez. Tuvo tiempo sin embargo de decir á Margarita, en voz baja:

—Querida mia, Furbicio os está esperando fuera.

Cumplida su comision, se entregó á una especie de monólogo á media voz, al que por de pronto ninguno prestó atencion. Las conversaciones se habian reanudado, y Margarita dirigia á todas partes miradas distraidas, buscando la ocasion de salir para reunirse con su amante.

Entretanto, la voz de la Valbray se elevaba poco á poco. Gesticulaba y hablaba á la vez. Federico Borel fué el primero que se apercibió de aquella pantomima, é interpelando á su prima, la dijo:

—Margarita, ¿podrias repetirnos lo que murmura entre dientes tu vecina? Mira, habla sola.

Margarita adivinó la verdad.

—La han hecho beber demasiado,—dijo un poco turbada.

—¿Quién habla de beber?—exclamó la Valbray, cuya lengua, un poco torpe, no articulaba las palabras de una manera muy distinta.—¿Sois vos, querida? Teneis sed. Bebed, hija mia... En la vida, es preciso comer cuando se tiene hambre, y beber cuando hay sed... Sois, en verdad, muy bonita. Pero eso no prueba nada... Yo tambien he sido hermosa, tan hermosa como vos. Ya veis lo que va de ayer á hoy... ¡Ah! yo quisiera encontrarme en vuestro lugar, para hacer morir de amor á todos los hombres que se acercaran á mí.

Al oir estas palabras, los que escuchaban á la Valbray (y eran casi todos los convidados) se miraron con sorpresa.

—Está divagando, — exclamó Pascoul, á quien aquella escena parecia divertir.

—Yo lo creo,—replicó Federico,—como que está enteramente borracha.

—¡Borracha! no, no estoy borracha; Furbicio me lo ha dicho tambien; pero ha mentido.

—¿Ha sido Furbicio el que os ha hecho beber?—preguntó Federico.

—Sois muy curioso, jóven,—contestó la Valbray, como si en aquel momento un relámpago de razon hubiera iluminado su trastornado cerebro.

—Calmaos, la Valbray,— la dijo Margarita, á quien aquella escena comenzaba á inquietar, desde que se habia pronunciado el nombre de su amante.

La Valbray continuó:

—Si las mujeres no tratamos mal á los hom-

bres, ellos nos tratarán mal á nosotras... Por eso yo tomé la delantera... ¡Les he jugado cada mala pasada!... Imítame, Margarita.

—Ya te tutea,—hizo observar Pascoul riendo.

Margarita escuchaba aquel torrente de palabras, dispuesta á contenerle si la Valbray iba demasiado léjos.

—¡De qué sirve tener corazon! Cuanto más se tiene, más se sufre. Cuando se posee la belleza, la virtud es inútil. Los hombres han nacido para trabajar para nosotras. No olvides nada de esto, Margarita.

—¡Bonitos principios!—murmuró Federico.

En cuanto á Moulinet, sentado enfrente de la Valbray, la escuchaba con una atencion singular y seguia con la mirada todos sus movimientos. La vieja se habia callado un momento; luégo se levantó exclamando:

—Los maridos están en el mundo para ser engañados. A propósito de esto, yo sabía una cancion. ¿Cómo decia? Cántala, Margarita. ¿No te la ha enseñado Furbicio?

Reinó un silencio glacial en la sala. Federico miró su vaso con aire turbado. Margarita se puso pálida como una muerta. Sólo Pascoul no pudo contener una sonrisa, y dijo á su mujer:

—¿Conoces tú esa cancion? Deberias cantarla.

—Esta desgraciada está loca,—contestó Margarita;—si continúa así, pronto empezará á contar infamias.

—Nosotros se lo impediremos,— exclamó Moulinet.

Al mismo tiempo dejó su sitio, y colocándose detras de la Valbray:

—Es preciso que os calleis, anciana,—la dijo con voz alta y segura.

Despues, dirigiéndose á los convidados añadió:

—Obrad todos como si ella no estuviera aquí. Está excitada porque la escuchan.

Todos comprendieron y obedecieron. El mismo Pascoul, dando el ejemplo, se puso á hablar con Federico. Este último hubiera deseado, sin embargo, que la Valbray hubiera continuado, y maldecia interiormente á Moulinet, cuya intervencion la habia hecho callar.

Pero la vieja, léjos de callarse, una vez sentada, dijo en tono de reconvencion:

—¿Qué te he hecho yo, Moulinet? ¿Tienes alguna queja de mí? Yo supe en otro tiempo que amabas á Margarita y nada he dicho. ¡Pobre tonto! Ella amó á Pascoul en tus narices; ahora ella ama...

—Moulinet, hazla callar, te lo suplico,—exclamó Margarita.

—¡Bah! dejadla hablar, prima; es muy divertida,—dijo Federico Borel, que habia oido las últimas palabras.

Pero las fuerzas de la Valbray estaban agotadas. Balbuceó algunas palabras ininteligibles y se durmió.

Margarita se levantó, y acercándose á su marido:

—¿Continúas decidido á salir?

—Sí,—contestó él.— El aire puro me será provechoso.

—Entónces voy á ver si no hace demasiado frio para tí.

Y, miéntras que Pascoul la daba las gracias por su cuidado, salió rápidamente. Tenía prisa por ver á Furbicio.

Esperándola, el chalan se habia recostado en la puerta del patio, despues de haber escondido su escopeta detras de un monton de piedras, al borde de una zanja. Los brazos cruzados sobre su pecho, embozado en su capa, su sombrero sobre los ojos, se hallaba en una inmovilidad tan completa, que parecia un tronco de árbol derecho contra la pared.

—He esperado mucho tiempo,—dijo á Margarita en cuanto se acercó á él.

—La culpa es de la Valbray,—contestó.—La des-

graciada tiene la cabeza trastornada; desatina. Poco ha faltado para que lo dijera todo delante de mi marido.

—¡Miserable bribona!—exclamó Furbicio;—es el vino. Y eso que no ha bebido mucho. ¿Pero no ha dicho nada de más?

—Moulinet la impuso silencio; sin eso, estábamos perdidos.

Furbicio respiró.

—La escopeta está allí,—dijo.

—¿Cargada?

—Cargada. ¿Dónde está Pascoul?

A esta pregunta, Margarita tembló de piés á cabeza.

—¿No podrias matarle sin ruido?—preguntó.—¡Ah! ese ruido me causa miedo.

—Es imposible evitarlo. Envia á tu marido aquí, despues sube á tu cuarto. Las ventanas están al otro lado; no oirás nada. Además, para mayor seguridad, mete la cabeza entre las almohadas.

—Sí, seguiré ese consejo; pero tú, ¿cómo vas á componerte para no ser descubierto?

—La noche es oscura; en cuanto haya disparado echaré á correr hácia Gordes. Muy listo ha de ser el que me atrape.

—Al ménos, procura no errar el tiro.

—Descuida. He puesto en mi escopeta tres cascabeles á guisa de balas. Envíale hácia este lado.

Margarita pasó su mano por su frente. Hacía frio; estaba allí con la cabeza desnuda, sin abrigo, y sin embargo gotas de sudor corrian por su cara. Se acercó á su amante.

—Quiero besarte,—le dijo;—esto te dará valor.

Cuando ella se marchó, Furbicio, sin temblar, fué á coger su escopeta al sitio donde la habia escondido. Segun lo habia dicho, la noche era oscura; pero sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad. Además la luz que salia de las ventanas de la granja iluminaba la parte del patio por donde Pas-

coul debia pasar, dejando en la sombra la en que Furbicio estaba. Por un exceso de prudencia, permaneció fuera en el camino.

La gran puerta contra la que se hallaba apoyado estaba desvencijada, desunida, medio arruinada. Habia, á la altura de un niño, una hendidura producida por la vejez de la madera, de ocho centímetros de largo y siete de ancho. Pasó por ella el cañon de su escopeta, se arrodilló y esperó en silencio. Así colocado, tenía la puerta de la casa enfrente de sí á algunos metros; á su derecha, el camino de Gordes; á su izquierda, el de Vaucluse.

Hacía cinco minutos que estaba allí, cuando la puerta de la habitacion se abrió, y el interior de la sala donde habia tenido lugar la cena apareció á Furbicio en toda su extension. Reconoció á los convidados. Pero al que reconoció primero fué á Moulinet, que se dirigió hácia la cuadra. Detras de él se adelantaba Pascoul. Apoyado en un baston, muy abrigado, el arrendador miró al cielo cubierto de nubes, aspiró algunas bocanadas de aire; despues, volviendo á cerrar la puerta tras sí, dió tres pasos hácia adelante.

Furbicio esperó á que Moulinet hubiera desaparecido en la cuadra. Entónces montó su escopeta sin apoyarla en el hombro. Apuntando de abajo á arriba, tuvo durante algunos segundos á Pascoul enfilado con el cañon de su escopeta, y, cuando le vió enfrente de sí, disparó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XV.

Salió el tiro. Las tres balas le alcanzaron.

Pascoul giró sobre sí mismo y cayó de espaldas, lanzando un grito desgarrador. Atraidos por la detonacion y por sus gemidos, las gentes de la gran-